

vistas. En este campo, una selección muy anterior, pero que conserva su valor pedagógico para la enseñanza secundaria, a la que iba destinada, es la de Alfonso Reyes, con el título simplemente de *Ensayos* (Madrid, 1920), y que termina con ejemplos de la generación del 98.

La crisis del teatro contemporáneo se refleja también en la escasa bibliografía de consulta, como puede verse en la mencionada *Historia del teatro español* de Valbuena, o en la extensa antología histórica del mismo teatro recopilada por Federico C. Sáinz de Robles.

Un ángulo, normalmente desdeñado en nuestros manuales, pero que ha conseguido alcanzar cierta entidad extensiva, y tal vez cualitativa, en la literatura contemporánea española, es el del humor. Si bien pueden leerse sus textos entre los de novelistas o comediógrafos que han logrado sobresalir por su *vis cómica*, también existen hoy antologías dedicadas íntegramente al humorismo, como la de W. Fernández Flórez, que contiene ejemplos de todos los países y épocas, y una extensa introducción doctrinal (Barcelona, Antologías Labor, 1957), o la de "El Club de la Sonrisa", *Antología del humor español* (Madrid, 1957), con datos biobibliográficos de nuestros humoristas actuales (17).

Las colecciones de textos literarios contemporáneos, con ágiles comentarios para la enseñanza media, faltan por completo en España. Si repasamos la biblioteca de *Classiques Larousse*, veremos que contiene una buena representación del siglo XX, con obras completas o selecciones de Anouilh, Claudel, Gide, Giraudoux, Mauriac, Montherlant, Valery, etc., tratadas con la misma atención pedagógica que las obras clásicas. Por nuestra parte, la magnífica colección escolar "Clásicos Ebro" solamente llega hasta Rubén Darío. Y la más breve, aunque excelente, "Biblioteca Literaria del Estudiante", se detiene en los umbrales

(17) El hispanista y filólogo de Suecia, Max Gorosch, editor del *Fuero de Teruel*, publicó una breve pero muy atinada selección de textos humorísticos contemporáneos para la enseñanza del español por radio: *Humoristas españoles modernos. Moderna Spanska Humorister* (Stoc-kholm, 1951), con fragmentos de Julio Camba, W. Fernández Flórez, R. Gómez de la Serna, Jardiel Ponceña, los Quintero, Alvaro de Laiglesia, etc.

crónica

Congresos, coloquios y "convegno"

Sin duda alguna la asidua celebración de congresos es uno de los mejores índices de la fecundidad, cohesión y solidaridad de la ciencia europea. Es notable cómo la Europa de la postguerra ha sabido recuperarse rápidamente en este sentido; pocos años

del siglo XX, con Galdós, la poesía, la prosa y el teatro modernos.

Quizá este sensible hueco puedan llenarlo con el tiempo los libros de la "Antología Hispánica" de la Ed. Gredos, mediante la serie titulada *Mis mejores páginas*, en la que ya han aparecido los tomos de Camba, Cela, Laforet, Aleixandre, etc.

CONCLUSIÓN.

No podemos sustraernos al imperativo cultural del arte literario del tiempo en que vivimos. Nuestra obligación profesional es acercar a los alumnos a la comprensión de ese arte, porque de lo contrario lo intentarán por su cuenta con más riesgos de extrañarse.

Para comprender plenamente la literatura clásica hemos de sumergirnos también en la que nos rodea. Hay rasgos permanentes en el arte de todos los tiempos, junto a lo circunstancial y transitorio. La mejor lección de literatura consistirá en modernizar y animar lo clásico a la luz de las ideas actuales y gustar en las letras de hoy lo válido de la tradición multi-secular. La evolución del arte literario no puede ofrecernos el progreso indefinido del conocimiento científico, sino los matices cambiantes de la sensibilidad y su expresión.

En los escritores de su alrededor comprenderán nuestros alumnos que la literatura no es entelequia ni arqueología, sino manifestación artística viva y palpitante.

No nos detenga la posibilidad de confundir en las letras actuales el valor documental momentáneo con el valor real, ni nos impresionen demasiado las fluctuaciones críticas.

Estimamos, por tanto, la explicación de nuestra literatura contemporánea como el necesario colofón de nuestra asignatura. Los alumnos la recibirán con gusto y nos lo agradecerán. Y esa gratitud es el premio culminante a que podemos aspirar los educadores de la juventud.

ALBERTO SÁNCHEZ.

después de firmada la paz, ya se celebraban congresos sobre las más diversas actividades científicas, en las ciudades que son las sedes clásicas de tales reuniones: París, Oxford, Florencia, Roma, etc., y muy pronto cundieron los congresos y reuniones científicas en la mayor parte de las capitales europeas, entre las cuales hemos de destacar particularmente Madrid. No puede negarse la particular atracción que ejercen estas periódicas reuniones científicas que son los congresos. Una atmósfera de compañerismo, de confraternidad, íntima y cordial, suele presidir tales reuniones. Allí podéis ver al sabio eminente, internacional, autor de obras cimeras que representan la colmada dedicación de toda una vida, produciéndose familiarmente a vuestro lado, con toda llaneza, sin sombra de engolamiento ni vanidad. Suelen formar-

se diferentes grupos de las más lejanas nacionalidades, pero a todos los cuales une el común denominador de una análoga afición científica, de una similar problemática. Todo el mundo procura ser amable, asequible, allegadizo. Diríamos que en los congresos la ciencia ha descendido de su alto pedestal y gusta de presentarse en estilo sencilló y familiar. Esto es un principal incentivo de los congresos; en ellos se pueden detectar las últimas cuestiones que se debaten en una ciencia, el estado actual de las cuestiones, allí se plantean nuevos puntos de vista, nuevos argumentos que otro día cristalizarán en monografías, en artículos y aun en libros. Los congresistas jóvenes, recién llegados a la palestra científica, aprenden un poco del viejo estilo de los maestros consagrados. En realidad, a lo largo de todos los congresos se cierne un auténtico clima científico, de siembra de problemas y enfoques intelectuales. Este es uno de los títulos principales que avalan la eficiencia científica de los congresos.

Al lado de este aspecto esencialmente científico de los congresos hay también el aliciente humanístico que ofrecen, en cuanto permiten admirar el aspecto artístico, la solera histórica de la ciudad sede del congreso respectivo, y de este modo permiten establecer una corriente de simpatía entre los diferentes países. Como hemos dicho, hay ciudades que son frecuentes sedes de congresos, que actúan como eficazísima propaganda de las virtudes y bellezas de su país. Pero por ahí mismo se infiltra uno de los argumentos que se han manejado en contra de la eficiencia científica de los congresos. Y es el querer reducirlos a mero turismo. Pero este argumento es del todo injusto. No negaremos que algunos miembros de los congresos, la mayor parte del elemento femenino que concurre a los mismos, esposas o familiares de los miembros congresistas, siendo del todo ajenos a la problemática del congreso, persiguen en primer lugar el aliciente del turismo, de las excursiones, de las visitas a monumentos y espectáculos, etcétera. Pero ello no obsta al carácter y eficiencia científicos de los congresos. Por el contrario, esta parte que podríamos llamar turística representa un agradable remanso a las duras e ingratas sesiones científicas del congreso, y gracias a este solaz se inscribe todo el quehacer del congreso en un marco más humano y más espiritualmente cultural.

Sin embargo, hay otro argumento en contra de la total eficacia de los congresos en orden a su rendimiento científico, y este argumento, que vamos a exponer, tiene una real base objetiva. Se objeta que, en general, a lo largo de las sesiones del congreso científico, internacional, generalmente dividido en varias secciones o grupos, se presentan una serie de comunicaciones que tendrán alta novedad científica, pero que carecen de un verdadero interés general. Diríamos que pecan de demasiado particularistas y fragmentarias o dispersas. Suelen ser, tanto en el campo de las ciencias naturales como en el de las ciencias morales o humanas, pequeños hallazgos de un investigador solitario, sin un notable valor de cambio en el comercio de las ideas científicas o de la especial problemática del congreso. Aquellas comunicaciones, tan heterogéneas, tan inconexas e invertebradas, in-

teresan a muy pocos científicos, de modo que vienen a caer como en el vacío; su lectura despierta muy pocos ecos, y cuando se publican las actas del congreso se nota que su contenido es un centón invertebrado e inorgánico de comunicaciones las más insospechadas. Claro está que dentro del congreso suele haber temas de una gran resonancia científica, que despertaron grandes ecos y cálidas discusiones, y que vienen a reflejar los nuevos rumbos en la problemática respectiva. Pero, como dijimos, ellos suelen ser una excepción, y las actas que publican las comunicaciones presentadas suelen ser un mosaico de cuestiones y problemas muy particularistas e inconexos.

Para remediar esta grave y verdadera dificultad, la organización de los congresos tiende, en los últimos años, a transformarse, tomando un carácter más orgánico, solidario y trabado. Esto es lo que vienen a representar los actuales coloquios, "convegnos" y "convivios". ¿Qué cosa serían éstos? ¿Acaso un congreso de más reducidas proporciones? En modo alguno, el cambio no afecta a la cantidad, sino a la cualidad; es un problema de estructuración y directrices. En los coloquios y "convegnos" se tiende a eliminar la anterior grave dificultad de lo inorgánico y heterogéneo. Pues en los coloquios y "convegnos" se propone ya anticipadamente una especial problemática, unos temas sobre los cuales va a recaer el trabajo de los congresistas. Estos colaboran de un modo también más orgánico, pues hay congresistas encargados de un modo especial de una ponencia, de un aspecto o faceta especial de aquella problemática general, en torno de cuya ponencia surgirán luego las discusiones que vienen a cotejar los diferentes puntos de la ponencia para darle ya una visión del todo definitiva. También hay comunicaciones que se enfrentan con problemas algo colaterales a los de aquellas ponencias y vienen a ser a guisa de complementos de aquéllas. Incluso en la distribución horaria hay una diferencia en la organización de los antiguos congresos y de estos modernos coloquios o "convegnos". En los congresos las comunicaciones solían durar de quince a veinte minutos, y se reservaban otros quince minutos para la discusión. De modo que el marco de tiempo era asaz limitado y el tema científico parecía como constreñido o simplificado. En cambio, en los coloquios y "convegnos" las ponencias pueden durar casi una hora, y a ellas se concede una gran amplitud de discusión con objeciones y contraobjeciones, réplicas y contrarréplicas. Y al imprimirse las actas de estos coloquios se nota cómo la temática del coloquio o "convegno" se presenta sumamente orgánica y vertebrada; la ponencia viene a ser como un capítulo de aquella doctrina propuesta y las discusiones que le subsiguen forman como un amplio comentario que resalta con todo relieve el problema debatido.

En España ya se celebró últimamente un congreso: el Congreso de Historia de la Corona de Aragón, celebrado en Palma de Mallorca, en el cual se dió todo resalte al estudio de unos problemas capitales dentro de una época; se distinguió muy eficazmente entre ponencias y comunicaciones, de modo que puede decirse que un congreso como éste viene a marcar un hito en la ciencia objeto del congreso. En la pri-



mavera del año pasado —1956— la Fundación “Alessandro Volta”, inscrita dentro de la “Accademia Nazionale dei Lincei”, convocó un “convegno” de ciencias morales, históricas y filológicas sobre el tema general: Oriente y Occidente en la Edad Media, en el cual pudimos tomar parte enviando una comunicación. Las sesiones estaban divididas en cinco secciones: 1.ª Historia religiosa, 2.ª Historia del Derecho, 3.ª Historia Económica, 4.ª Historia Literaria y 5.ª Historia Cultural. A dicho “convegno” acudieron los especialistas más destacados en las diferentes materias tratadas y sus comunicaciones dieron lugar a una amplia y fecunda discusión. Sobre la mesa tengo el volumen de las “Actas del “convegno” —denso vo-

lumen de unas 500 páginas—, que será siempre una guía inestimable para los estudiosos. También, a principios de julio del presente año, se celebró un coloquio en la antigua abadía cisterciense de Royaumont —abadía convertida hoy felizmente en círculo de estudios—, sobre el tema general: Historia de las Ciencias en el siglo XVI, tema también dividido en varias secciones según las diferentes ciencias consideradas. A dicho coloquio acudieron muchos especialistas y, según pudimos constatar, fué un gran éxito que habrá de reflejarse claramente en las Actas que se van a publicar.

JOSÉ M.ª MILLÁS VALLICROSA.

inf. extranjera

La situación pedagógica en el país de los satélites artificiales

Los éxitos cosechados por la educación soviética —por ejemplo, la victoria sobre el analfabetismo, y recientemente la producción y lanzamiento de satélites artificiales— convidan a la reflexión.

A mi modesto entender, son debido no sólo a la aportación de sabios no formados en su clima, sino en no menor grado a la introducción, en la educación pública, de una serie de principios y prácticas que contradicen abiertamente la ideología marxista.

De este hecho se colegirían trascendentales conclusiones. Pero lo que importa es demostrar el hecho. Voy a intentarlo, fundándome en informes y fuentes de primera mano.

I. DE 1918 A 1929, LUNATCHARSKY INTENTA DOTAR A RUSIA DE UNA EDUCACIÓN MARXISTA.

El 8 de noviembre de 1917, al anochecer, el Congreso de los Soviets eligió, antes de clausurarse, el primer gobierno de la revolución triunfante. Entre tempestades de aplausos, Lenin fué designado para la jefatura suprema; Trotzky, para el ministerio de Guerra, y Lunatcharsky, para el de Instrucción Pública (*Narkrompos*).

Lunatcharsky era su nombre de combate. En realidad se llamaba Anatolio Vassilievitch, y era hijo nada menos que de un consejero de Estado del zar. Mezcla extraña de aristócrata, dramaturgo y utopista, pareció el hombre adecuado para dar la batalla a la educación tradicional y forjar la que respondiera a la doctrina marxista. Se le dejó amplia libertad. Lenin lo mantuvo once años al frente

del *Narkrompos*. Sus principales inspiradores teóricos fueron Blonsky y la periodista Krupskaya.

El nuevo comisario o ministro debía, ante todo, puntualizar en qué consistía la herencia pedagógica de Marx y de Engels, su más señalado colaborador. No le fué difícil. Se reducía a cuatro postulados, rígidos, férreos, que cualquiera podía colegir de la ideología comunista.

El ateísmo, en primer lugar. Marx interpretó a Hegel en términos de materialismo histórico. No existe vida ultraterrena, y si existiera, no interesaría ocuparnos de ella. La Religión —dirá Lenin— es el opio del pueblo. La escuela tiene el deber de contribuir al desarraigo de la religiosidad.

Ha de contribuir asimismo a la demolición de la familia tradicional, e incluso a la supresión de la institución familiar. Marx, en *El Capital*, había promulgado, mucho antes que Elena Key, los derechos del niño y asignado al Estado la misión de convertir “esa fuente pestilencial de corrupción y esclavitud, que es la familia”, en un factor del progreso humano. Engels, en su divulgadísimo libro *Génesis de la familia, de la propiedad privada y del Estado*, concretó y agudizó las ideas de Marx. Inspirándose en Morgan, quien por aquellas fechas acababa de publicar su *Sociedad antigua*, donde propugna que la familia ha evolucionado gradualmente desde una primitiva promiscuidad al matrimonio monogámico, sostuvo que la familia es un engendro de una situación económico-social pasada a la historia: la época de la tiranía de las clases acomodadas, de los derechos de propiedad, del derecho de sucesión, de las monarquías hereditarias.

Si la familia es responsable de tamañas irregularidades, no ha de sorprendernos que se haga preciso arrebatársela, por de pronto, la educación de los hijos. “Hay que sustraer a los niños de la influencia reaccionaria de sus padres —escriben Bukharin y Preobrajensky, en el *ABC del Comunismo*—. Un medio radical para alcanzarlo sería entregarlos absolutamente al Estado, separarlos temporal o definitivamente de sus progenitores.” Bien pesadas las cosas, la dictadura proletaria, paso obligado para acercarse al soñado paraíso en la tierra, lleva anejo el monopolio estatal de la educación.

Completa el esquema diseñado por Marx y Engels una norma relativa al contenido y estilo de la ense-